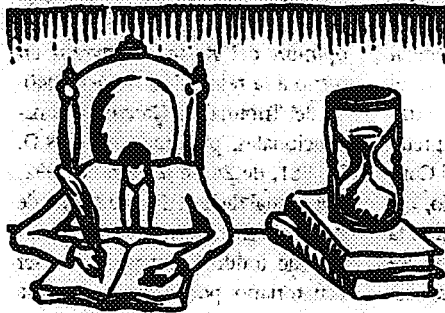


EL PAPEL DEL ESCRITOR Y EL INTELLECTUAL al fin del milenio

Eduardo Mora Andía*



En el Siglo XVIII, el "Siglo de las Luces", los escritores, los intelectuales se propusieron erradicar las supersticiones y prejuicios e iluminar al mundo con la sensatez de la razón y el credo de la Libertad. Es la época de Montesquieu, Voltaire, Diderot y D'Alembert. Había que liberar al hombre de la ignorancia y la superstición y estos pensadores tenían fe en el progreso y en la capacidad del hombre para mejorar. Voltaire en sus cartas y sus opúsculos quiere enseñar la tolerancia y eliminar las tinieblas. Thomas Paine predica la democracia, avalada por "el sentido común". Mary Woll-

stonecraft (1759-1797) reivindicó por primera vez los derechos de la mujer con el lema "la mente no tiene sexo". Los fisiócratas, con Quesnay a la cabeza propugnaron el "laissez-faire" en economía. Adam Smith sostuvo que la libertad económica es el sistema más obvio y simple y el mejor camino hacia el bienestar general. "La Riqueza de las Naciones" pasaba por el terreno de la codicia individual. Así pues el optimismo reinaba entre los pensadores y escritores y a sus discípulos, los generales de la independencia americana, les llevaba a creer que estaban forjando un nuevo mundo lleno de venturas. Estas

(*) Embajador del Ecuador en Argentina.

creencias se reflejan fielmente en la proclamas de Simón Bolívar y otros patriotas. Era tal la fe en el progreso liberal que, para usar la frase de Leibnitz, parecía que la humanidad caminaba hacia el mejor de los mundos posibles. Posteriormente, un discípulo de los enciclopedistas, Augusto Comte, creará en el advenimiento de una promisorio etapa científica y positivista, pasadas las etapas previas de superstición religiosa y metafísica.

Los hechos, sin embargo, empezaron a golpear ese optimismo. Kant es un preludio de este fracaso: quiere catalogar todas las categorías mentales y decir todo lo posible sobre los juicios, pero luego se ve forzado por la realidad a saltar más allá de los fríos razonamientos y postular la necesidad práctica de contar con Dios y con el alma humana.

La Revolución independentista norteamericana de 1776 fue un éxito pero la Revolución Francesa de 1789 sólo tuvo consecuencias benéficas a largo plazo. La transformación norteamericana logró establecer un régimen de libertades y balance de poderes; pero lo que hizo la Francesa en lo inmediato fue instalar el terror. El Comité de Salud Pública y los fanáticos, con Marat, Danton, Fouché y Robespierre a la cabeza, dieron frecuente trabajo a la guillotina. Después, el paseo militar de Napoleón por Europa costó 3 o 4 millones de muertos. El beneficio de la Revolución Francesa más bien se pro-

yectó poco a poco: fue la consolidación de los principios de libertad e igualdad y el republicanismo. Don Vicente Rocafuerte, que después fue presidente del Ecuador, escribe en 1821 que la Revolución norteamericana estuvo acompañada de un profundo sentimiento religioso, mientras que la francesa degeneró en terror porque faltó este elemento y muchos confundieron libertad con impunidad e irreligión. He aquí una importante observación. En todo caso el mejor fruto de estas dos grandes revoluciones del siglo XVIII fue la consagración del derecho de cada ser humano a vivir libremente su propia vida.

El optimismo del Siglo XVIII se ve replanteado en el Siglo XIX, ante la magnitud de los problemas y el asombro que causan determinados descubrimientos.

La Revolución Francesa, como hemos dicho, trajo grandes sufrimientos y, después de la derrota de Napoleón, Europa cayó en el conservadurismo de la Santa Alianza. Los trastornos que vive Francia, la comuna de París, la Guerra Franco-Prusiana y la de Crimea dan cuenta de cómo siguieron gobernando gentes que no cumplían con los ideales.

La misma independencia de los países iberoamericanos no resultó la panacea. Al poco tiempo nuestros pueblos encuentran que se hallan empobrecidos por la guerra, sujetos a caudillos y tiranos y más endeudados que nunca. La administración de los

nuevos países resulta desastrosa. Los flamantes estados gastan en burocracia y milicia más que todo el régimen colonial hispano. En vez de formar grandes federaciones como la norteamericana, los pueblos hispanoamericanos forman una serie de pequeños Estados que guerrean entre sí. La corrupción y el favoritismo empieza como un cáncer teñaz y, más allá de la lírica de los textos, el caciquismo viene a ser el sistema político real.

En Europa, el industrialismo trae mejoras a la sociedad pero crea una nueva clase proletaria y acarrea sufrimientos. La vida de los obreros es miserable, se obliga a trabajar a los niños y no hay límites razonables para las jornadas de trabajo.

En España se sufre la estupidez de Fernando VII, de sus mediocres sucesores y sus favoritos. En Rusia, el régimen de los zares lleva a Dostoievski a plasmar en novelas impercibles el sufrimiento de los hambrientos y de los prisioneros.

Por último, los descubrimientos científicos comienzan a remecer toda la concepción del mundo: Pasteur con los microbios, Mendel con las leyes de la herencia, Darwin con la evolución, Freud con el subconsciente. Por último Einstein con la teoría de la relatividad.

Jean Jacques Rousseau, que era más emotivo que sus contemporáneos, había sido un disidente dentro de la pléyade de pensadores de la Ilustración. Mientras la mayoría de éstos

exaltaba la razón, diosa de Robespierre y de los enciclopedistas, Rousseau exaltaba el sentimiento y la revolución. Rousseau es en realidad el primer romántico y el abuelo de los revolucionarios de los Siglos XIX y XX. El hombre nace libre pero en todas partes está encadenado es la denuncia que caía en Mazzini, Víctor Hugo, Marx, Freud y en los escritores de todas las épocas siguientes. Los románticos exaltan el sentimiento de libertad y por todos los caminos los pensadores buscan hacer más libre al ser humano. Hegel trata de reemplazar la lógica natural o aristotélica con la lógica artificial del proceso dialéctico (tesis, antítesis, síntesis). No deja de tener razón al ver la historia como un proceso. Carece en absoluto de razón al contradecir al sentido común. Exagera al idealizar la idea y al Estado Prusiano. En Alemania Herder y Fichte teorizan sobre la nación. Pronto el nacionalismo se transforma en un culto, en una idolatría belicista que gusta a Bismark, al Kaiser y, después, a los generales nipones y a Mussolini. Carlos Marx le da la vuelta a Hegel y hace un dialéctica materialista y revolucionaria. Sus advertencias son todavía útiles; sus soluciones, en cambio, han resultado inútiles y han originando grandes sufrimientos. Otro filósofo, Arturo Schopenhauer, proclama la omnipresencia de la voluntad y se vuelve hacia el ascetismo budista en busca de una salida. Nunca logró integrar los elementos femeninos en su

universo mental y por eso odió a la mujer y a su modo de ser. Alentó así, sin quererlo, un desbalance anímico que lleva de la violencia a la negación de la vida. Otro misógino fue Friedrich Nietzsche. Nietzsche era un gran escritor poético, pero tenía un grave problema psicológico: quería compensar una formación demasiado femenina con bravuconadas de valor y de guerra. Quiso por eso superar el Cristianismo, que para él era una moral de esclavos, e inventó el superhombre. Nietzsche hizo el elogio de la guerra y de las acciones de los más fuertes. Para él sólo importaban las intuiciones y sentimientos de los poderosos. Marx veía el futuro en las masas; Nietzsche, en el superhombre, en la minoría superior. Hegel, que era monista, había dicho que el Estado encarnaba la idea ética y la idea era el absoluto. Una combinación de Hegel, Nietzsche, Schopenhauer, la música de Wagner y las teorías racistas de Gobineau permitió darle contenido doctrinal al sadomasoquismo nazi. Ya deberíamos tener presente que el culto hegeliano al Estado ha originado numerosas guerras, que Nietzsche no debe estar muy en lo cierto, pues acabó loco, y que su seguidor Adolfo Hitler se suicidó. Que el racismo es una corriente irreal en un mundo en el que no hay razas puras. El neonazismo es un regresión a la brutalidad. Lo hemos visto en la "limpieza étnica" practicada en la ex-Yugoslavia.

En realidad, Hegel, Nietzsche y

Marx, Robespierre y Comte, levantaron diferentes ídolos: el estado, la clase superior, el partido, la ciencia, la razón, etc.

El intelectual tiene el deber de oponerse a las corrientes que han producido tantas guerras así como el Holocausto. El valor de una doctrina se conoce por sus frutos. Nietzsche contraponía la pasión a la razón, la dinámica de las fuerzas vitales al orden y la moderación, cuando el ser humano completo es una coherencia de espíritu, alma, mente y cuerpo. En Rousseau, en los románticos, en los materialista como en los idealistas, en los revolucionarios, hay un desequilibrio, pues el ser humano no es todo emoción. Faltan otros elementos, no hay un equilibrio, no hay una integración de todo lo humano incluida la razón, e incluido el sentido de trascendencia. "No hay hechos, sólo interpretaciones", decía Nietzsche. Un relativismo parecido es el que ha introducido la confusión en el mundo actual. Pero el escritor no está para confundir sino para investigar, para aclarar, para iluminar y propiciar el bienestar humano.

Estos pensadores de los Siglos XVIII y XIX eran todo menos humildes. Contrastaban notablemente con Santo Tomás de Aquino y Santo Tomás Moro, que reconocían bien lo limitado de sus fuerzas o con Erasmo de Rotterdam, que sonreía con benevolencia ante la debilidad humana. Gentes como Kant, Hegel o Marx creían tener las respuestas

completas. En el fondo practicaban una egolatría soberbia y al divulgar sus pensamientos daban origen a idolatrías sociales. La idolatría de la ciencia, la del poder político, la de la clase social, la de la raza, la del partido. El papel del escritor no es levantar nuevos dioses falsos, nuevos ídolos, sino dar testimonio del camino que señalan la experiencia y la humilde fe. El papel del escritor no es el de Aarón, que hizo fabricar un ídolo para Israel. El papel del escritor es el de Isaias y Jeremías, que combatieron las idolatrías.

En 1914 la ambición, el culto idolátrico al Estado Nacional y la políticas maquiavélicas de alianzas y maniobras finalmente producen la Guerra Mundial. Henry Marie. Remarque, en su novela "Sin novedad en el frente", señala el absurdo de esta infame de guerra que cuesta 20 millones de vidas. Ya a fines del Siglo XIX la pluma de Bertha Von Suttner había escrito: "Abajo las armas" sobre cuatro guerras de la época. Obra elocuente que generó toda una corriente pacifista. El escritor es un sujeto creativo, la creación es su obra, la creatividad es su virtud. El escritor está llamado a acrecentar la vida y la calidad de vida. El escritor tiene pues que luchar por la paz.

La II Guerra Mundial despedaza ilusiones: ¡Sesenta millones de víctimas! Ya no se puede ser optimista como en la época de la ilustración. Ya ni siquiera se puede replantear ese optimismo como en el Siglo XIX lo hicieron

los teorizantes y en 1918 lo hace Woodrow Wilson al promover la Sociedad de la Naciones. Asoman las armas atómicas, los totalitarismos se renuevan, se vive la guerra fría, el terrorismo, las guerrillas, el equilibrio del miedo. El existencialismo francés aconseja vivir con autenticidad y libertad este breve momento del presente, que sería todo lo que tenemos. Se trata de una visión plana, chata, sin ilusiones, sin un horizonte de trascendencia. Aparece un escritor magnífico: Albert Camus y en "El Extranjero" nos plantea un hombre exiliado de sus semejantes. Solo Gabriel Marcel diferencia entre problema y misterio y da un salto hacia lo trascendente. Sartre, en cambio, no es más que un melogómano, un pontífice máximo de su náusea que al final no sabe qué hacer y se vuelve hacia el marxismo. En Sartre se da el error de muchos intelectuales del Siglo XX: creer en la panacea de la revolución cuando el sentido común sólo puede hacer reformas. Marx, Lenin, Stalin, Mao divulgaron la idea inmoral de que se podía ir al bien universal por el camino de la violencia. La revolución lo justificaba todo. Maquiavelo hallaba una justificación dialéctica. La mayor parte de la literatura revolucionaria del Siglo XX adolece de esta contaminación tan nociva cuyo último fruto lo vivimos ahora: el terrorismo. Se han sacralizado la guerra de las guerrillas, las llamadas "guerras de liberación", la Revolución Cultural China. Hace algún

tiempo leí una biografía de Stalin escrita por Barbusse en la que el tirano georgiano por poco hace milagros. El comunismo ha tenido sus santos, sus dogmas, sus pontífices y sus libros sagrados. Fue la religión sin trascendencia, la fe sin Espíritu. El escritor, el creador no puede comulgar con estos ídolos. Es cierto, no puede hacer el elogio del Fondo Monetario Internacional, o cantar a Henry Ford o Wall Street, pero tampoco cabe que propicie la violencia, el sojuzgamiento y la destrucción, pues "lo que importa es la vida". Mahatma Gandhi, uno de los seres humanos más nobles del Siglo XX, es el antimachiavelo, el nos dice: el fin no justifica los medios. Y hasta llega a afirmar "si los medios son malos, desecha el fin".

En el siglo XIX Enriqueta Beecher Stowe conmovió al mundo con su denuncia de la esclavitud en Norteamérica. "La Cabaña del Tío Tom" es una novela reveladora y enérgica. En Rusia Nicolai Gogol, Tolstoi, Dostoievski y Gorki fotografiaron los absurdos y las desdichas del régimen zarista. En América Latina, el realismo social y el relato indigenista vinieron a denunciar la suerte del indio, del campesino y de los marginados. Es la literatura prefigurada ya en las valerosas páginas del padre Bartolomé de Las Casas. Ha habido un proceso para asumir nuestra propia identidad latinoamericana: primero el romanticismo, el costumbrismo y el modernismo, luego el realismo social e

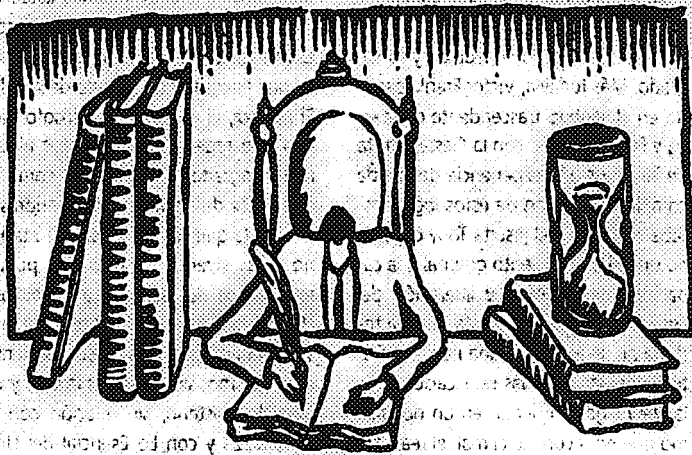
indigenista y después el realismo mágico, todavía más rico y más mestizo, lleno de imaginación y humor. En Gales, Richard Llewellyn, en "Cuán verde era mi valle" narra la tragedia de las sencillas gentes de las zonas fértiles arrasadas por la inmisericorde minería. Nuevamente en Rusia Pasternak y Solchenitsyn dan a conocer al mundo las miserias de la Revolución, del sistema soviético y de la represión en el Gulag. En los Estados Unidos Hemingway y John Steinbeck, Tennessee Williams y Sinclair Lewis revelan los conflictos sociales e individuales de la sociedad del Siglo XX. El papel del escritor puede ser tremendamente liberador al generar una conciencia social y puede ser también liberador en lo interno del ser humano, como en los escritos de François Mauriac o Nikas Kazantzakis.

Pero hay más. No sólo se trata de combatir, si no también de divertir. Escribir es propugnar un espacio agradable para el buen lector. En un mundo de crisis y problemas no podríamos sobrevivir si no tuviéramos también la nota amable y bella y el mundo del humor, que nos humaniza. Esto es como lo que ocurre con los niños: un niño no puede crecer sin cariño. ¿Qué haríamos en el mundo sin obras claras como las de Azorín, o luminosas como las de Rabindranath Tagore, o cantarinas y bellas como las de García Lorca y Alejandro Casona? ¿Acaso no es la tarea del escritor poner un ramo de flores en el mundo de las ideas y sentimientos?

Sin estos capítulos de alegría y hermosura el mundo se desequilibraría por completo; se hundiría... Dicen que la oración de diez justos mantiene al universo. ¡Que absurdo e incompleto nos parecía ya el mundo sin las figuras de don Quijote y Sancho Panza, sin el elogio de la Locura de Erasmo, sin el humorismo de Mark Twain, Daudet y Chesterton! Divertir y enseñar es una combinación excelente. En mi adolescencia lo hallé deslumbradamente en las obras de ese genio que fue Julio Verne, y por cierto, en Walter Scott, Jonathan Swift y Robert Louis Stevenson. ¡Ojalá las nuevas generaciones supieran disfrutar de estos tesoros. Hay en la actualidad mucha basura en el cine, en la televisión, en revistas y publicaciones y esta basura confunde y desalienta. La confusión es la obra del diablo y el escritor, el buen escritor, está llevado a denunciarla y proclamar la claridad y la calidad. Desaparecidos el Marxismo y la "guerra fría", la humanidad enfrenta nuevos desafíos: El racismo que rebrotó, el fanatismo fundamentalista que desarrolla sus capítulos de represión, violencia y terrorismo. La sociedad que viene será mestiza y pluricultural. Tengo la impresión que las luchas étnicas son las reacciones últimas frente a una realidad que lo invade de todo: la presencia en todas partes de gente distinta a nosotros; de gente de otro color y con otras costumbres y valores. El actual racismo es una expre-

sión del miedo frente al inmigrante, ante lo diferente. Lo extranjero inunda la vida cotidiana. Las civilizaciones cerradas están pasando a la historia. Las fronteras van siendo borradas por los innumerables viajes y las comunicaciones. Es una época de grandes cambios que suscitan mucha confusión, muchos miedos, muchos fantasmas que pueden llevar a actos locos, violentos, excesivos. El fundamentalismo es un totalitarismo con pretextos religiosos. En realidad es una reacción del pasado medieval que no quiere morir, frente a una realidad nueva, que arrasa con todo. El escritor tiene que hablar de esos miedos, de esos fantasmas peligrosos, de las confusiones de la época. Una época de paz supone un modo de pensar armónico.

Por otra parte, del norte, nos llega la receta que se dice única de la eficiencia económica. La eficiencia está bien pero debe ser combinada con el sentido de humanidad. El mercado es importante pero más importantes son los niños, los pobres y los enfermos. El cine y la televisión han alcanzado una influencia suprema y todos los días derraman una insistente promoción de violencia y consumismo. Esta difusión de falsos valores con medios tan poderosos no puede dejarse así no más. El escritor tiene que luchar para que se reenfoque este tema, para que la televisión y el cine estén al servicio del enaltecimiento del ser humano y no para entontecerlo y deshumanizarlo.



La cuestión del exceso de población y el desmesurado tamaño de las ciudades y los problemas consiguientes implica la necesidad de repensar el estilo de vida y aquí una gran luz pueden poner los escritores. Recordemos las Odas de Horacio, La Vida Retirada de Fray Luis de León, el ideal de simpleza de Thoreau y de los poetas taoístas...

La proliferación de sectas denuncia la confusión, la soledad y la falta de apoyo que experimenta la gente. El escritor está llamado a poner claridad, a denunciar la tontería y el fraude a decir las diferencias, a descubrir lo trascendental en lo cotidiano. Si el escritor existencialista era un descriptor del vacío y de la angustia, ahora se necesita alguien que dé un paso adelante. Pierre

Teilhard de Chardin y Henry Bergson abrieron el camino hacia nueva sabiduría en la que confluyen y adquieren una nueva dimensión la fe y la ciencia. Este camino ha de ser continuado. La Física Cuántica nos lleva a pensar ya no en las leyes rígidas sino en los hábitos, en el azar y en la Providencia. Ya no se trata de querer liberar al hombre inventando sustitutos de Dios, como lo hicieron Hegel y Marx. No, Bergson y Teilhard nos ubican y nos encaminan al futuro, los dos junto con Jung, superan la estrecha visión positivista. El evolucionismo de Darwin resulta asimilado y proyectado hacia el espíritu. Teilhard supera la dialéctica hegeliana con la comprensión del avance en espiral en que la vida viaja al encuentro con Dios. Bergson además plantea una moral

creativa, superior a la moral estática o represiva. Jung halla en la dimensión síquica el nivel de lo sincrónico y lo sagrado. Más todavía, Víctor Frankl penetra en el sentido trascendente de la vida y Fréderik Perls, con la Gestalt, trata de llevamos a la experiencia de la vida completa. Ninguno de estos logros estaba en Freud y el jesuita Tony de Melho une el pensamiento oriental a la capacidad de reflexión y liberación del cristianismo. Pero toda esta riqueza todavía no se revela en una nueva literatura popular, pues las publicaciones de la New Age se quedan en un optimismo que no reconoce el mal, el realismo mágico todavía es anecdótico y regional, y la ciencia ficción es un subproducto de diversión, como la novela policial. La ciencia ficción incluso puede llegar a la esfera de la locura y la explotación, como lo prueban la Dianética y sectas como la Puerta del Cielo. Los autores de ciencia ficción desarrollan una imaginaria sobre las posibilidades técnicas pero no hablan del sentido místico del universo, de lo que Einstein llamaba "el sentimiento religioso cósmico". Este es apenas vislumbreado en "2 001" de Arthur C. Clark pero mucho antes ya estaba en las obras de Chesterton. Este genial escritor incluso llegó a combinar el proceso místico y la novela policial en "El hombre que fue Jueves".

Otro problema grave de nuestra época es del consumo de drogas que ha llegado a niveles alarmantes y el narcotráfico, que ha alcanzado un po-

der mayor que el de muchos Estados. Una sociedad que requiere tanta droga es una sociedad enferma. La gente tiene que encontrar un sentido de la vida. El escritor, el ensayista, el filósofo, tienen que redescubrirle al lector el carácter sagrado de la vida. Así como lo vivificante de las vivencias superiores.

Nada que no sea el afecto humano y las vivencias espirituales puede rescatarnos de esa trágica condición. No habrá futuro realmente humano, sin autoaceptación y descubrimiento del sí mismo, sin respeto a la vida y visión del misterio, sin relación con la Naturaleza y con Lo Esencial del Uno Mismo. La vida es más que teorías, el desarrollo es más que la simple acumulación de riquezas y las vivencias fundamentales son más útiles y más importantes que los dogmas.

Tenemos que despertar al común de los hombres a una nueva conciencia. Requerimos integrar lo femenino con lo masculino, lo pragmático con lo estético, lo industrial con lo ecológico, lo utilitario con lo ético, y lo mágico con lo racional. Necesitamos que el alma esté entera.

El papel del intelectual y del escritor al final del milenio, tiene que ser semejante al de los grandes profetas de Israel, que denunciaban las idolatrías del poder, el dinero y los vicios y proclamaban la libertad del espíritu inmortal.